

CLAUDIO CARMONA

Cada día que pasa resulta más aceptada la idea de que estamos ante un momento histórico, ante un momento de cambio. Hablamos de cambio sin que sepamos bien hacia dónde se dirige este. Ahora para todos resultan evidentes algunos problemas que sólo unos pocos han advertido durante años. Nos mostramos indignados ante los males existentes pero no somos capaces de encontrar la receta que acabe con ellos.

¿Nadie se acordaba de que el capitalismo es cíclico? ¿Nadie pensó que no era sostenible que hubiera países con 700 coches cada 1.000 habitantes -como Estados Unidos, Italia o Francia- que continuaban produciendo incesantemente vehículos¹? Posiblemente algunos lo advertían, pero no tenían altavoces tan potentes como para repercutir en la opinión pública, y mucho menos en las instituciones.

Espiral sin salida: entre Keynes y Hayek

Hoy sí que debemos estar más convencidos de que el cambio llegará. Los disturbios en Grecia son -para dirigentes públicos y privados- el ejemplo de lo que hay que evitar. El aviso griego debe provocar una reacción por parte de los gobiernos del Primer Mundo. Deben aprobarse medidas económicas -que al fin y al cabo son medidas políticas- que no se limiten a la transferencia indiscriminada de recursos públicos a bancos o empresas privadas.

Una decisión política, como lo es una medida económica, depende en gran medida de la definición del problema que se escoja. En el cambio de paradigma económico al que asistimos se vuelve a rescatar a Keynes para definir el paro como el problema a resolver. Sólo Angela Merkel parece estar extremadamente preocupada ante el endeudamiento, puesto que Barack H. Obama, Nicolas Sarkozy y Gordon Brown se han mostrado dispuestos a tomar medidas anticíclicas dirigidas sobre todo a la lucha contra el paro. Se calcula que la hipotética hecatombe de los tres grandes fabricantes de vehículos de Detroit provocaría tres millones de parados².

El Rescate de Keynes: el cambio para que no cambie nada.

Está claro que todavía no sabemos bien hacia dónde vamos, pero ¿de dónde venimos? El paradigma neoliberal parece llegar a su fin. Las políticas monetaristas, inspiradas en Milton Friedman, fueron impulsadas desde los gobiernos de Reagan y Thatcher. Sin embargo hasta hoy han llegado los efectos de las tesis neoliberales. Esta corriente estableció una definición del problema bien distinta de la de Keynes. Las preocupaciones principales eran la inflación y el déficit público. Pero cualquier cambio de paradigma económico no llega sólo ni por casualidad. Cada cambio conlleva una justificación ideológica. El neoliberalismo llegó acompañado de un sistema de valores que exaltaba el individualismo y sacralizaba el mercado. Sin ser puramente monetarista, se utilizó a Hayek para articular el demoleedor ataque contra el Estado del Bienestar. Fue en 1944 cuando este autor ya había advertido de los riesgos de caer en el totalitarismo por culpa de la planificación económica. El neoliberalismo apostó

CLAUDIO CARMONA

por la reducción del gasto público, lo cual se articuló mediante la privatización y la liberalización.

La evolución de la teoría económica parece estar atrapada en un bucle sin salida. El paradigma neoliberal está amenazado por su predecesor: el keynesianismo interventor. Cuando nos encontramos en un momento de crisis económica reaccionamos cargando contra el paradigma existente.

Lo que ocurre es que en el caso de la economía sólo hay una cuestión que resolver: ¿más o menos intervención? La intervención estatal está más que justificada debido a las fallidas del mercado, pero difícilmente nos ponemos de acuerdo en el grado óptimo de esta intervención. La no intervención ha entrado definitivamente en crisis. Hoy están empezando a renunciar a las tesis neoliberales los países del Primer Mundo, pero desde hace unos años se incrementa la desconfianza hacia estos postulados en aquellos países a los que se les impuso el modelo neoliberal como el único posible hacia el progreso.

La experiencia demuestra que rescatar a Hayek en según que aspectos puede servirnos de advertencia pero no de dogma. Por un lado, los estados sociales europeos han demostrado que una fuerte intervención estatal no tiene por que implicar totalitarismo. Por otra parte, el régimen de Pinochet (régimen que fue fiel seguidor de las políticas friedmanitas) demostró que neoliberalismo no es sinónimo de democracia.

Insisto en la idea de que los cambios de paradigma económico no vienen solos. La crisis del neoliberalismo es también la crisis de Estados Unidos (o viceversa). Los años de la imposición unilateral han provocado un descontento mundial especialmente intenso en América Latina. El auge de la nueva ola izquierdista de Suramérica representa el fracaso del "poder blando" de Estados Unidos³. La democracia



norteamericana ya no es sinónimo de sociedad digna y justa para el resto del mundo⁴. Pero también insisto en que si los gobiernos occidentales consiguen que la situación social no se les escape de las manos los cambios introducidos únicamente tendrán el objetivo de que no cambie nada. Salvaguardar el capitalismo es el fin de los cambios. Las nacionalizaciones que observamos actualmente, si todo sale "bien", simplemente serán el reflejo de la lógica socializar pérdidas y privatizar beneficios. Algunos autores defienden que las potencias occidentales puedan hacer lo mismo que hizo Suecia en 1992, es decir, socializar pérdidas pero sin realizar una subsiguiente privatización de beneficios. Personalmente, creo que resulta muy difícil que los futuros dirigentes británicos, americanos o franceses no vuelvan a ser seducidos por las tesis de reducción del sector público.

El rescate de Hayek: la libertad como principio indiscutible.

El rescate de Hayek: la libertad como principio indiscutible.

Sin duda que las calles volverán a hablar. Habrá huelgas. Se realizarán demandas de cambio y serán atendidas. Pero dependiendo del país se podrán atender estas peticiones de mejor o peor manera. Posiblemente nunca nos pondremos de acuerdo en cuál es el modo más justo de distribuir la riqueza, o qué tipo de legislación laboral es la más positiva para el progreso de un país. Los individuos tienen diferentes intereses y diferentes visiones sobre la sociedad. Estos intereses chocan y crean conflicto. La política consiste en gestionar ese conflicto.

Las democracias liberales han conseguido que podamos cambiar de gobierno (y de políticas) sin necesidad de que el conflicto llegue a las armas. Han garantizado que el que piensa distinto del gobernante no se convierta en un enemigo de la nación. En estos momentos de cambio es imprescindible que lo que venga mañana sea igual de comprometido con las libertades que lo que tenemos hoy. En muchos

CLAUDIO CARMONA

países todavía sucede que las “facciones” de la sociedad que logran el poder imponen su visión sobre el resto. Contra esto es necesario que las naciones tengan una estructura jurídica, pero también social, que establezca los límites del poder y garantice las libertades fundamentales. Una vez consolidada la libertad se puede discutir sobre cómo preferimos organizarnos o cómo debemos distribuir la riqueza. Mientras no se consolide la democracia liberal, el país está condenado a que los cambios (necesarios para progresar) sólo puedan producirse con derramamiento de sangre. Pero insisto en que no sólo es necesaria una estructura jurídica, sino también social. La libertad debe ser vista por la sociedad como un valor indiscutible para poder empezar el juego político. No sirve que la democracia sea un artificio impuesto desde fuera, sino que la libertad debe representar una voluntad social clara. Contra esto se puede argumentar que China está prosperando sin que exista libertad. Pero ¿realmente significa prosperidad que el país crezca económicamente a costa de la explotación de gran parte de la población?

El miedo a los cambios hace que miremos al pasado para recordar errores que nunca deberán repetirse. Pero al mirar al futuro también existen cuestiones inquietantes que deben resolverse de manera diligente. Al margen de los cambios a modo de parche a los que hoy asistimos (inyección de liquidez, intervenciones estatales, etc.) es oportuno que se realicen planes estratégicos que definan el futuro. Todas estas estrategias por definir, si llegan, deben tener un elemento protagonista: el Medio Ambiente. Es posible que esta sea la última gran crisis ya que de seguir así en el próximo cambio de ciclo económico la Tierra será inhabitable para el ser humano. Las reformas económicas estructurales deberán centrarse en la protección del Medio Ambiente. Se puede diseñar una economía “verde” que potencie el desarrollo económico a partir de la protección ecológica. Porque cuando aumente el nivel del mar o cuando se intensifique la sequía y la deforestación, no servirá de nada que nuestras empresas sean competitivas en el exterior ni que las administraciones públicas sean más o menos eficientes. Los que leemos estas líneas pertenecemos a una generación que no puede mirar hacia otro lado en esta cuestión. Es admirable que nos preocupemos por las desigualdades intolerables entre Primer y Tercer Mundo. Debemos preocuparnos, pero debemos hacer lo mismo cuando nos referimos a nuestro planeta. Los grandes cambios

estructurales, para que triunfen, deben consistir en un pacto tripartito: compuesto por Estado, sindicatos y empresarios. A partir de ahora se antoja que se amplíe a un pacto a cuatro, deben incorporarse científicos especialistas en desarrollo sostenible. Sólo así podemos asegurarnos que las mejoras para los seres de hoy no sean perjuicios para los seres del mañana.

CLAUDIO CARMONA ESTUDIANTE DE CIENCIAS POLÍTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

¹Según datos del Ministerio de Tierra, Infraestructuras y Transportes de Japón.

² La Vanguardia, 9-12-2008.

³ORENSTEIN, M.A.: ¿De neoliberalismo a no liberalismo? La Vanguardia 9-12-2008.

⁴JENTLESON, B.W. y WEBER, S.: Cómo vender Estados Unidos. Foreign Policy nº 30, pág. 40 (2008).

FOTO: EVERYSTOCKPHOTO.COM - BIZIOR



*Will Democracy Survive in
the Globalized Era?*

Crisis? In change we trust

La seguridad del s. XXI:
**McGyver
vs. Goliat**

"La qüestió
primordial no
és encertar
que pot
succeir, si no
considerar les
alternatives..."

Jordi Serra

Ilustración: Fernando Alcázar Zambrano

